

DESVELANDO AL HOMBRE INVISIBLE

Un guàrdia civil a la selva, Gustau Nerín, Barcelona: La Campana, 2006.

En países como Francia la opinión debate sobre su pasado colonial, con posturas que van desde quienes, como Marc Ferro, editan *El libro negro del colonialismo* (Madrid, La esfera de los libros, 2005), hasta quienes, como Daniel Lefeuvre, abogan por acabar con el arrepentimiento colonial (*Pour en finir avec la repentance coloniale*, París, Flammarion, 2006). Las no siempre armoniosas relaciones entre los hijos de los colonizadores y los de los colonizados, instalados en Francia como minorías desde hace décadas, aviva la polémica. Nada parecido ocurre al sur del Pirineo.

En España una buena conciencia generalizada sobre el pasado permitió despachar el quinto centenario de la colonización americana como un «encuentro entre culturas». En el centenario del 98 se recordó sobre todo el significado que tuvo para el país aquella derrota y la generación intelectual que suscitó, pero se atendió muy poco a lo que significó la colonización española de los territorios entonces perdidos, en aspectos como la prolongada persistencia de la esclavitud o la brutalidad de la guerra. La cruenta historia del protectorado marroquí tampoco ha suscitado debates en la opinión general, mientras que la colonización en los pequeños territorios españoles del golfo de Guinea se ha mantenido en la ignorancia, llegando a la opinión, si acaso, la imagen del carácter criminal de las dictaduras que los Nguema establecieron tras la independencia de 1968. No hay, pues, conciencia de este pasado colonial africano ni, por tanto, debate público. Sin embargo, algunos libros recientes, pocos, han comenzado a estudiar lo que supuso este olvidado capítulo de la reciente historia española. En mi opinión, uno de los más interesantes es *Guinea ecuatorial, historia en blanco y negro. Hombres blancos y mujeres negras en Guinea Ecuatorial (1843-1968)* (Barcelona, Península, 1997), del antropólogo Gustau Nerín, centrado en el tema de la cruzada española contra el modelo familiar y social de los indígenas, acompañado de una estricta segregación racial, rota sólo por las intensas relaciones sexuales mantenidas por buena parte de los colonos españoles varones y las mujeres negras. Con este nuevo libro, Nerín vuelve a enriquecer nuestro conocimiento sobre aquella realidad colonial.

Frente a la omnipresencia de la guerra de Marruecos en la vida española, hasta su conclusión en 1927, y la gran importancia que siempre tuvo el pequeño protectorado norteafricano, la coetánea colonia guineana sólo atrajo el interés de la minoría de españoles que mantenía vínculos directos con ella, bien como funcionarios, como colonos con intereses en la explotación del territorio o como misioneros. El libro de Nerín nos

muestra cómo, por las mismas fechas en que las tropas españolas se enfrentaban a los combatientes rifeños, se estaban desarrollando acciones punitivas a veces de enorme violencia contra los poblados fang del interior del territorio continental guineano. Pero estos enfrentamientos no llamaron la atención de la opinión peninsular ya que costaban escaso dinero y las tropas combatientes eran en su casi totalidad guardias coloniales africanos, que contaban con gran superioridad militar sobre sus oponentes. Apenas costó ninguna baja española la «pacificación» de la pequeña colonia. Uno de los principales protagonistas de esta historia fue el teniente de la Guardia Colonial Julián Ayala Larrzábal, el personaje central del libro.

En «*Exterminad a todos los salvajes*» Sven Lindqvist nos recuerda que la novela *El hombre invisible* (1897) de H. G. Wells es una metáfora del pionero de la colonización africana: ante la impunidad que proporciona su condición invisible, el protagonista sufre una transformación que le conduce al crimen. El paralelismo con tantos oficiales que extendían en aquellos años la dominación colonial era claro: «Aquellos que en las colonias representaban a la civilización eran “invisibles”, no sólo [para los indígenas] en el sentido de que sus armas mataban a distancia, sino también en otro sentido: nadie en sus patrias sabía qué era lo que hacían». Aislados en la selva, carecían de todo control efectivo. Cuando publicó la novela su amigo Joseph Conrad le pidió un ejemplar, mostrándole al poco su entusiasmo por la obra. Fue en esas fechas cuando Conrad comenzó a redactar *El corazón de las tinieblas* (1902), su celebre historia sobre Kutz, el hombre invisible del Congo. La narración que hace Nerín de los dos años y medio en que el teniente Ayala dirigió la comandancia de la Guardia Colonial de Mikomeseng, nos presenta sin duda a un verdadero Kutz español.

El oficial Ayala, recién salido de la Academia militar, llega en 1917 a la entonces isla de Fernando Poo (actual Bioko) para participar en la custodia de los campos de internamiento de los oficiales alemanes y las tropas coloniales camerunesas que se habían refugiado en la colonia española tras su derrota durante la contienda mundial. Entusiasmado tras dos años de experiencia colonial, de retorno en la península ingresa en la Guardia Civil a fin de poder regresar a la colonia en 1921, donde obtendrá como destino la citada comandancia de Mikomeseng, que ejercerá hasta noviembre de 1923. Suficiente tiempo para dejar un recuerdo imborrable entre los habitantes de la zona, transmitido a las generaciones posteriores. Desde 1924 ejerció diversos cargos en la Guardia Colonial, normalmente en la capital Santa Isabel, donde ya no podía ser el rey invisible que había sido, pero que aprovechó para anudar fuertes vínculos con el gobernador y con los principales dueños de las plantaciones de cacao. En 1928 abandonó la actividad militar dedicándose desde entonces a enriquecerse mediante diferentes negocios en la zona continental, el principal de los cuales fue la recluta forzada de braceros para trabajar en las citadas plantaciones de la isla capitalina, en connivencia con los jefes locales de la Guardia Colonial, sus viejos compañeros.

El lector especializado echa en falta en el libro la ausencia de referencias de las fuentes que utiliza, que son, según se indica en tres páginas finales, fuentes de archivo, la literatura colonial de la época, algunas polémicas de prensa o parlamentarias que ocasio-

nalmente se suscitaron en la metrópolis y, muy especialmente, fuentes orales recogidas en Guinea, sobre todo en los territorios donde la acción de Ayala se hizo notar con más intensidad. Son en gran parte testimonios de personas muy ancianas, que vivieron los acontecimientos en su infancia, o bien de los hijos de quienes conocieron al teniente durante los primeros decenios de la colonización del territorio continental: «Qualsevol home de mitjana edat pot relatar alguna història referent a aquest oficial» (53). Para los fang de hoy Ayala «encara constitueix l'encarnació del mal» (54). En todo caso, y aunque la memoria sobre su legendaria crueldad puede no ser siempre fidedigna, y más cuando se recoge de los hijos o los nietos, la imagen criminal de Ayala procedente de los testimonios orales parece que se corresponde con muchos documentos de archivo referentes a varios procesos de investigación abiertos por las autoridades sobre los «abusos» del teniente, que finalmente quedaron en nada por la protección que siempre recibió de las autoridades. Es, decimos, lástima que Nerín haya prescindido de notas que aclararan las fuentes concretas de los hechos que relata, en las que se distinguiera, por ejemplo, las historias de familiares que narraban abusos directamente padecidos por sus padres o abuelos de las que recogen historias extendidas entre el pueblo en general.

La trayectoria del teniente Ayala sirve a Nerín para ofrecer al lector una amplia panorámica de muchos aspectos esenciales de la colonización guineana de los años veinte y treinta. Analiza sobre todo las políticas coloniales desarrolladas por los gobernadores Barrera y Núñez de Prado, protectores del teniente, y la naturaleza de las campañas de sometimiento de los poblados fang, desde 1914 hasta el control total del territorio en 1926: en todos esos años, nos dice, la Guardia Colonial «va recórrer a la crema de pobles, a la destrucció de collites, a la presa d'ostatges i a les violacions masives» (71). Describe también la realidad de la prestación personal, un sistema de trabajo forzado gratuito destinado sobre todo a las obras públicas, y la coerción empleada en la recluta de braceros que iban a trabajar dos años «contratados» a las plantaciones de Bioko, de los que uno de cada diez no sobrevivía a los malos tratos y las penalidades del trabajo. Además de estos aspectos centrales, el libro aporta también información interesante sobre otros aspectos de la colonización, como la gran hambruna continental de 1924 a 1927, las escuálidas políticas educativas y sanitarias o el papel que desempeñaban los misioneros.

Entre los crímenes cometidos por Ayala durante su gobierno en Mikomeseng Nerín destaca la tortura («A Mikomeseng les tortures eren constants») (156), las ejecuciones públicas a modo de escarmiento, el exterminio del clan de los osumu, que osaron resistirse al dominio español, y el asesinato de seis bebés cuyos lloros le molestaban, arrojados por él mismo Ayala al fuego. Denuncia también que la recluta de braceros organizada por él en el continente tenía caracteres de auténtica «caza» de hombres, y cita al respecto el testimonio de varios contemporáneos, como el documento de una investigación encargada por el director general de Marruecos y Colonias en 1930, que afirmaba que dicha recluta «presenta caracteres muy similares a la antigua trata de negros» (246).

Personaje ambiguo Ayala, aunque católico mantuvo en ocasiones tensas relaciones con lo misioneros. Protegido por las autoridades primorriveristas, no tuvo problemas

con la autoridad republicana, que apenas cambió el régimen colonial. Al iniciarse la guerra en España apoyó a los dirigentes del Frente Popular de Bata, pero tras el golpe militar de Bioko, en septiembre de 1936, decidió advertir a los misioneros de Nkué de que se les iba a detener poco después, permitiendo la huida de alguno. Él mismo abandonó la colonia poco antes del desembarco de las tropas franquistas. Casi todos sus viejos compañeros de la Guardia Colonial se habían sumado a la sublevación militar, pero a él no se le perdonó su pasado republicano. Sus reiterados ofrecimientos de alistarse en la Legión para combatir con Franco fueron ignorados, y no pudo regresar del exilio hasta después de la guerra, muriendo prematuramente en Barcelona en 1942.

El teniente Ayala dejó un recuerdo profundo y siniestro entre los fang guineanos, pero para los españoles ha sido hasta ahora un hombre invisible. Gustau Nerín intenta con su obra darnos a conocer a este Kutz de la Guinea ecuatorial.

Gonzalo Álvarez Chillida